

La Furia de los Malones



peligro diario de caer en manos de los indios...

Los indios mansos Cipriano Catriel había sido

El coronel Levalle no se limitó a esta actitud. Creyó necesario hacerles comprender a los indios...

Pablo Rojas Paz

ILUSTRACION DE RECHAIN

las familias. Algunos de los indios que se libraron de esta persecución fueron...

hicieron con Manuel Grande y Chipitrus y demás capitanes; en fin, de muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande...

trido a sumarse al ejército de las Salinas Grandes. En casi todos los fortines —dice Ebelot—, de Blanca Grande a Lavalle...



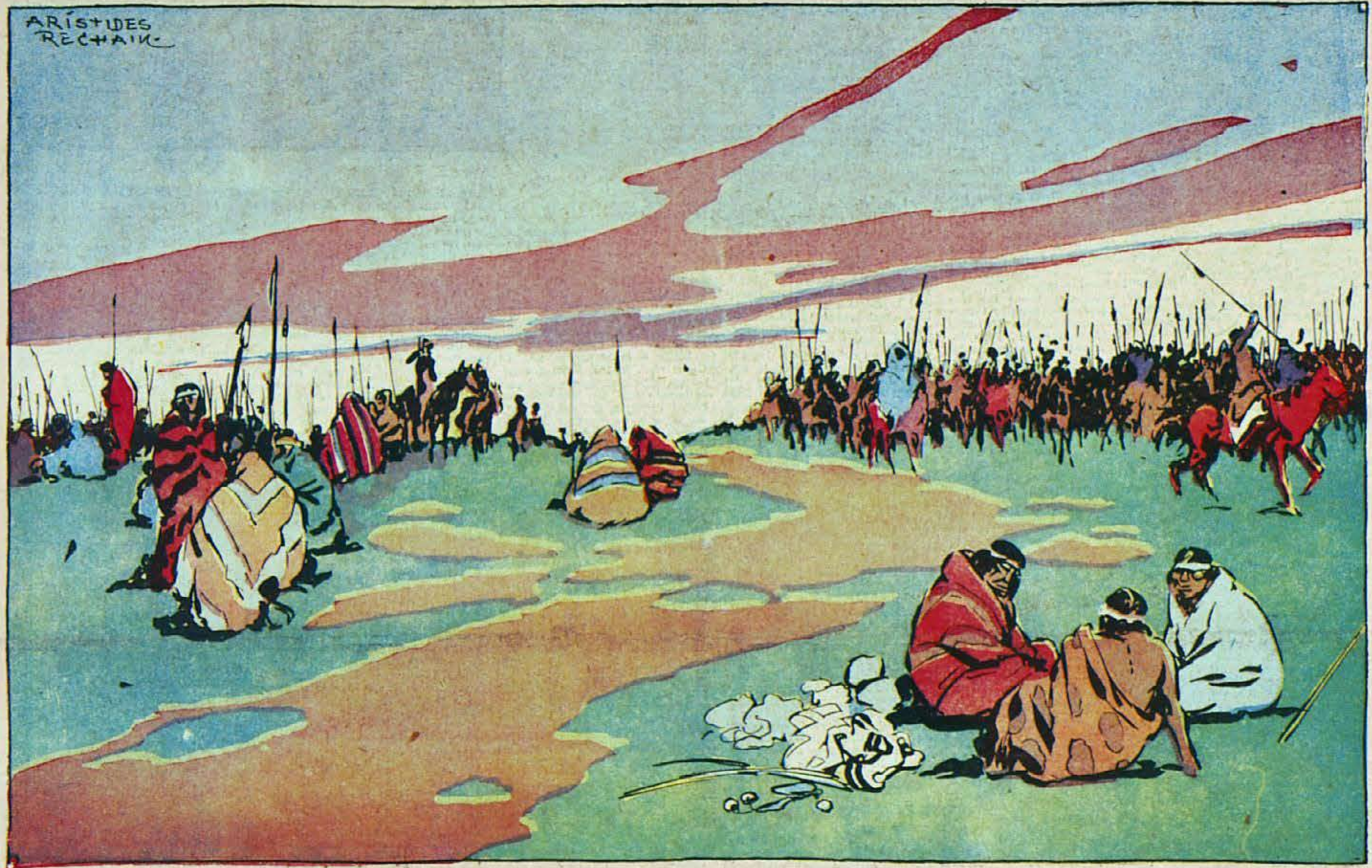
"Comaradas de la División del Sur: No tenemos yerba, ni tabaco, ni pan, ni ropas, ni recursos, ni esperanzas de recibirlos..."

EN las estancias del sur de Buenos Aires, cuando se hace rueda de fogón, surge, a veces, la conversación sobre las invasiones de los indios. Adverti, con frecuencia, que el error que infundieron los malos sobrevisos...

Nunca se tuvo con los indios una política clara y precisa. Cada jefe, cada gobernador, replicaba un programa distinto de acción. Hubo algunos expedicionarios que ni siquiera conocían el terreno en que debían operar...

El único a quien los indios respetaron y temieron fué a don Juan Manuel de Rosas. No era nada sentimental en el trato con ellos; los hacía cumplir con los tratados a las buenas o a las malas.

Villa Fidelidad En el mes de septiembre de 1856, el jefe del ejército de la Frontera del Sur, general Manuel Escalada compró a la Comuna del Azul...



asesinado y ocupaba su lugar, en el mando de la tribu, Juan José Catriel. Un día llegó al Azul el coronel Nicolás Lavalle, produciéndose, de inmediato, una gran de inteligencia entre el coronel y el cacique...

que hubiera sido imposible antes. Se convino en que ellos mismos buscaran el territorio que les conviniese y que se establecieran en ellos. La noticia del alejamiento de los indios causó una intensa alegría entre los pobladores del Azul...

indios más se presentaron a otro jefe de fronteras, el cual comunicó el hecho al gobierno, recibiendo de éste la orden de apresarlos a todos. (Alvaro Barros "Fronteras y territorios federales", página 120 y siguientes).

La furia del malón Los indios se desviaron de los campos del Azul y se dirigieron hacia 25 de Mayo, 9 de Julio y Alvear, devastando totalmente cuanto encontraban a su paso.

El único que podía detener a los indios era el general Rivas, que estaba en el Azul. Por los chasques, que llegaban matando caballos, se enteró este militar de la invasión que abarcaba toda la línea de las fronteras.

La distancia se acorta y el formidable clamoreo de los indios asusta las aves que pasaban y se difunde por el campo en un vasto rumor de mar.

En el mes de septiembre de 1856, el jefe del ejército de la Frontera del Sur, general Manuel Escalada compró a la Comuna del Azul, en nombre del gobierno de la provincia de Buenos Aires, una extensión de tierra situada sobre la margen izquierda del arroyo. Este espacio fué distribuido en solares entre los capitanejos e individuos de las tribus que obedecían a Catriel y Cachul.

El coronel Levalle, que se había formado en la guerra del Paraguay, que sabía lo que era pelear y marchas forzadas, también entendía de administración. Quiso estar presente en los momentos en que los indios recibían la providencia. Catriel se negó a ello, pues encontraba que era una falta de consideración. Pero no podía negarse por mucho tiempo, pues, aparentemente, se trataba de una actitud favorable a él.

En efecto; algunos caciques, entre ellos Manuel Grande y Chipitrus, hablaban declarado en contra de la dominación de Catriel, y separándose de la tribu, el coronel Elías, jefe de las fuerzas de las fronteras, dispuso que estos hombres volvieran a las órdenes del Gran Cacique. Los hombres de Calfucur, Chipitrus y Manuel Grande, que se habían reunido a deliberar, fueron sorprendidos por el coronel Elías, que arreó con el ganado, encargando a Catriel arrear con

Hoy le participo que el día 5 vine a sorprender al cacique mayor Andrés Raniqueo, con toda la indiada; así es que me vine con seis mil indios, a vengarme por la gran picardía que

El ejército de Calfucurá distribuyó sus fuerzas en esta forma: A la derecha, División chilena de 1000 lanzas, con Renquecurá por jefe. En el Centro, la División de Salinas Grandes, con 1000 lanceros, al mando de Catriel. En el ala izquierda, las 1000 lanzas de los aliados de Neuquén y de Chile, que tenían por jefe a Namuncurá.

El odio a Catriel Los ejércitos están frente a frente y Calfucurá arenga a los indios con frases llenas de violencia y de pasión; les recuer-

Por primera vez, Calfucurá había sido vencido. De 4000 soldados muertos en el campo de batalla y todo lo que había recogido en los malones, realizados: 70.000 vacas, 18.000 caballos, según lo establecen los partes del general Rivas y del coronel Boer y la Memoria de Guerra y Marina del año 1872.





★ La Ruta de la India Misteriosa ★

A NOS antes de 1875, ya la fama tejía urdumbres invisibles que con mil lazos atraía, sumados a la sordina de los comentarios, la atención sobre aquella mujer de origen ruso: la señora Blavatsky.

Doquier se pronunciara su nombre, los rostros dejaban pasar las oscilaciones de la duda y prorrumpían, unos, el reto de hechicería, otros, la actitud de silenciosa admiración.

Destacada en la nobleza, no era sólo el incidente de haberle tirado un candelabro por la cabeza a su marido, lo que motivaba y daba pábulo al apasionado interés que circundaba su extraña personalidad. Había, además, gran causalidad de episodios misteriosos. Movimientos violentos de las mesas y muebles en la sala donde se reunían, materializaciones dirigidas por un maestro oculto, precipitación de cartas de un personaje que se encontraba muy lejos, rápida presentación de libros existentes en bibliotecas de otros países, daban materia suficiente para que los relatos encendieran las lenguas y fueran justificando el ambiente saturado de brujería o de milagro.

de los más arrogantes me echó con sus negros ojos una penetrante mirada que medio me estremeció y al propio tiempo llenóme de indescriptible gozo y entusiasmo. Pasó con sus compañeros y no le volví a ver, pero el recuerdo de aquella refuente mirada quedó estampado en mi infantil memoria.

"Hablando un día en su presencia de los primeros días de la Sociedad Teosófica, acerté a decir que tuve el placer de verle por primera vez en materializada forma cuando en cierta ocasión fué al aposento de la señora Blavatsky, en Adyar, para infundirle fuerza y darle algunas instrucciones. Pero él, que conversaba con otros adeptos, volvió de pronto hacia mí y amablemente me dijo: "No fué esa la primera vez!... ¿No recuerdas que cuando eras todavía muy niña fuiste a ver la cabalgata de caballeros indios, y no notaste que ya te eché entonces de ver?"

Recordé inmediatamente y respondí:

El don de la profecía consiste precisamente en la clarividencia anticipada de los hechos que ocurren después.

Seguimos nuevamente el interesante relato sobre la descripción de algunos de los grandes Maestros:

"Otro regio personaje es el señor Chakshusha, el manú de la cuarta raza raíz, de nacionalidad china y nobilísima estirpe. Tiene los salientes pómulos del tipo mongol y su rostro parece primorosamente esculpido en marfil viejo. Viste ordinariamente magníficas túnicas de tisi de oro, y por lo general no nos relacionamos con él, en nuestra usual labor, excepto cuando en tal o cual ocasión tratamos con un discípulo perteneciente a la cuarta raza raíz."

"El maestro Kutumy lleva cuerpo de Brahman de Cachemira y es de compleción tan airoso como la de los ingleses del tipo medio. Tiene flotante cabellera y azules ojos henchidos de júbilo y amor. La barba y el cabello son castaños, tornosolados de rubio y oro cuando los hiera un rayo de sol. La nariz está elegantemente configurada y los ojos son rasgados y de un admirable e hipnótico azul."

"Acaso el adepto llamado el Veneciano es el más gallardo y hermoso de toda la Fraternidad. Mide 1,977 metros de altura y su abundante barba y rubia cabellera se parecen a las del Manú. Tiene los ojos azules."

Aunque nacido en Venecia en familia indudablemente de sangre gorda, pues su tipo pertenece a esta sub-raza.

¿Y qué decir de otros misterios como el de los "dobles" de cada discípulo?

Sabemos que el Maestro Kutumy en su gran mansión del Tibet, tiene una gran Biblioteca oculta, en la cual se muestra gran número de cosas que iremos contando a nuestros amigos de CRITICA, todas ellas llamarán la atención y acaso nos den al final una ruta y una orientación más espiritual en la vida. Ahora diremos, para terminar, dos palabras sobre los llamados "dobles".

En una de las galerías de la casa cavada en la roca de la montaña, el Maestro tiene una serie de cuerpos en apariencia humanos, fosforescentes, en los cuales circula una materia "astral" en continuo movimiento: ¿Quiénes son estos personajes?... Son la copia hecha en materia astral de cada uno de los discípulos del Maestro. Sembran en todo a las personas que representan y están unidos con lazos de materia magnética a los cuerpos de los discípulos que se mueven en muy distantes países y climas. En estos "dobles" o cuadros vivos el Maestro observa todos los cambios emocionales, mentales y morales que se suceden en sus discípulos; si van bien, él les da más energía para que la utilicen en bien de sus semejantes, si mal, disminuye la corriente o bien la corta.

¿No quisieran algunos de mis lectores tener un "doble" semejante para que lo escudriñe la penetrante vista del Mahatma (Gran Alma) Kutumy?

Si alguno se atreve, puede escribirme para ponerlo en contacto...

por
SADY CONCHA
ILUSTRACION DE PARGAGNOLI

Su divorcio del general Blavatsky, era la consecuencia del ascendiente que su familia ejerció para casarla con un hombre de mayor edad. Matrimonio de conveniencias, se fija la fecha de las nupcias, atendiendo más al prestigio o al auge económico de la parentela que al verdadero amor. Esta desarmonía hizo crisis; era una consecuencia lógica que sacudía la alucinada de los contrayentes.

El destino enrollado como una jibia gigantesca se despegaba y comienza a extender sus tentáculos riendo con sus tintas de intenso relieve la senda azarosa de la joven Blavatsky.

Tiempo después, cuando ella declara que en la India mantiene estrecha relación con dos Maestros ocultos, cuya mansión estaba situada en las montañas solitarias del Tibet: Moria y Kutumy, se acrecienta el interés científico y al mismo tiempo arrecian las imputaciones y a la voz de superchería y de mistificación, las llamas de la crítica devoran la tranquilidad de aquella mujer extraordinaria.

Recordé inmediatamente y respondí:

"Oh! Maestro. ¿Erais vos? Debía haberos reconocido".

La conciencia de los Maestros es extremadamente extendida. No tienen la limitación tan estrecha de nosotros. Ellos ven todo el desarrollo de un ser con una sola mirada. Aun mucho tiempo antes de que sucedan los acontecimientos del plano físico. Ellos tienen la certidumbre de lo que va a acontecer. Ellos suben su conciencia al plano causal con rapidez y observan los fenómenos en aquellos planos, mucho antes de que tomen realidad en la densa materia del plano físico.

El Mahachohan es el tipo del estadista, del hábil organizador, aunque también posee algunas características militares. Tiene cuerpo indio, alto y delgado, de perfil elegante y rostro lampiño, severo, con robusto y cuadrado mentón. Los ojos profundos, de mirada penetrante, y habla con brusquedad de soldado. Generalmente usa traje indio con turbante."

Si alguno se atreve, puede escribirme para ponerlo en contacto...

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



EL DOMADOR DE GATOS



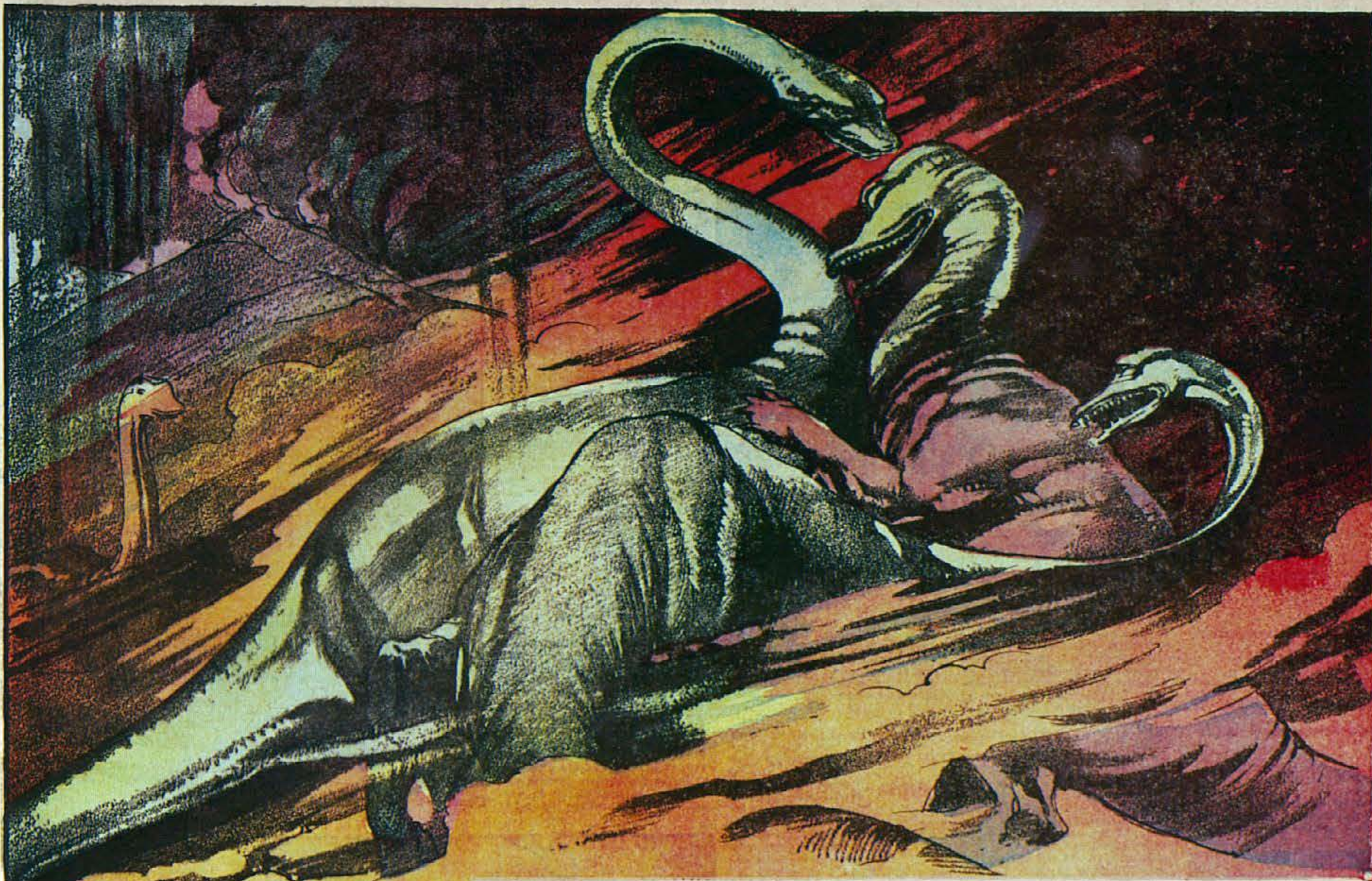
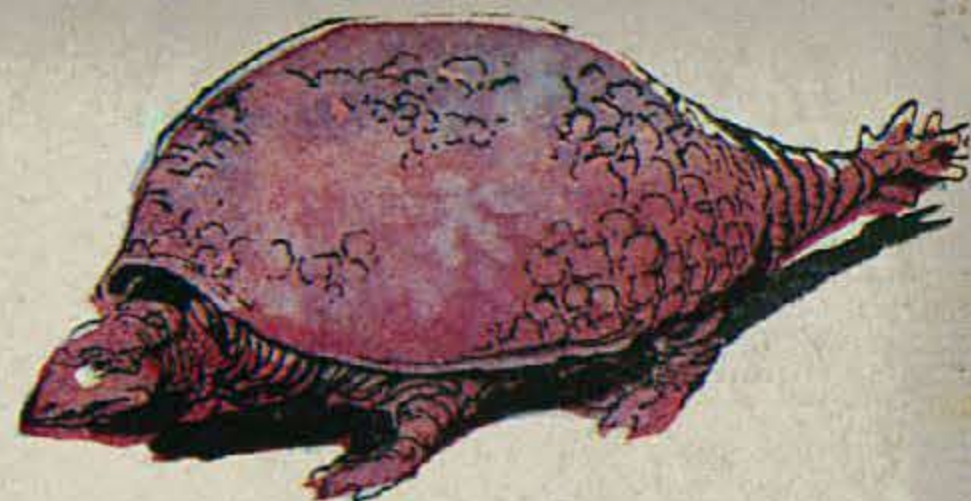
DELICIAS NAUTICAS



LOS LENADORES DEL BOSQUE



EL MUNDO NACIENTE



des desdentados, del más extraordinario aspecto y de fantásticas dimensiones. Los antepasados de los armadillos, los tatarabuelos fósiles del peludo y la mullita, poblaron nuestras pampas con sus extrañas siluetas acorazadas con sólidas caparazones decoradas, a veces, de largas corchias móviles.

El *Grypotherium*, llamado también *neomylodon*, era un ser perezoso y pesado, del tamaño de un toro, cuya piel tenía incluida en su espesor una verdadera corchía deformada por huesecillos sueltos. Más sorprendente aún resultaba la estampa y los movimientos del *megatherium*, bestia desconocida, mayor que los elefantes y cuya pelvis, maciza, terminaba en una cola enorme que le servía de tercer pie, cuando se levantaba sobre sus patas traseras para palear y masticar las hojas de los árboles, estirando su minúscula cabeza asentada sobre un cuello corto y robusto. Sus dedos estaban armados de largas y fuertes garras que le servían para cavar y desmenujar los grandes árboles a cuyas ramas no podía llegar a pesar de la longitud enorme de su cuerpo. El *milodonte*, más chico, pero de una figura más extraña todavía, tenía sus mandíbulas ar-

LOS hombres, los monstruos, las catástrofes y los éxodos de la Pampa de hace millones de años. Un mundo extraño, selvático y pleno de terrible intensidad, es evocado por el profesor Sergio Aranda, que colaborará regularmente en estas columnas con una serie de artículos adquiridos con carácter de exclusivos.

En la selva original pacían las bestias enormes.

El aspecto físico de la pampa la inmensa llanura que conocemos hoy, no ha cambiado mucho desde esas épocas que se remontan a millones de años, sólo la vegetación hubo de ser distinta. La presencia de seres como los animales enormes que hemos citado, de alimentación tan variada y vegetal, presuponía la existencia de inmensos matorrales y bosques capaces de sustentarlos. De este modo, la Pampa, vivida de monstruos que sólo pueden construir su imaginación, la visión de sus restos gigantes vió correr, luchar y morir sobre su llanura, los primeros habitantes de nuestro suelo. Nada puede dar idea cabal de cual fue el estado de espíritu de ese fuerte y rudimentario Humanidad, que encendió el primer fuego, que construyó la primera urca, y sintió el horror de la tremenda desolación frente a misterio cósmico del alba de la existencia. Pero su vida exterior, sus luchas, sus trabajos, su dolor y su final extinción entre la capa del barro cuaternario, es puede ser reconstruido por la investigación y tal ha de ser el objeto de las notas que continúe el presente artículo.



AL iniciarse la era cuaternaria, las inmensas extensiones desiertas que más tarde serían nuestras pampas, no diferían gran cosa del aspecto que presentan hoy. Acaso una vegetación de densos matorrales cambiaba un poco su perfil actual y las inmensas lagunas, de aguas cenagosas, reflejaban los astros de las noches prehistóricas, como ojos gigantes, donde algunos millares de años atrás, todavía pululaban los grandes reptiles monstruosos.

Tiempos dilatados y oscuros habían pasado sobre la Tierra, poblando su corteza de formas gigantes. La abundancia de anhídrido carbónico, producto de las enormes catástrofes geológicas, adensaba la atmósfera y la tornaba propicia para el desarrollo de los bosques de árboles enormes y de helechos desmesurados, los que, al captar ese óxido de carbono y exhalar oxígeno en incalculable proporción, preparaban, a su vez, la aparición de

los animales que muy pronto iban a encontrar un aire purificado y respirable. Con la aparición del primer reptil, la tierra daba un inmenso paso en su evolución, y, al cerrarse la era primaria, la era secundaria comenzaba a clarificar; la vida salía del mar, se organizaba en formas reptantes, y las inmensas serpientes y los pesados saurios empezaban a deslizarse entre los bosques de helechos. Los antepasados del hombre comenzaban a respirar el aire infecto de las dilatadas ciénagas, pero todavía faltaban millones de años para que en el conjunto de gritos y estertores animales, se levantara la voz humana poniendo un sentido dramático en ese mundo naciente.

Hombres y animales huían ante la trágica invasión de los hielos.

Las multitudes que habían de poblar el planeta nacieron de una pareja común, se desgranaron

desde un solo centro de dispersión, o, por el contrario, la inapreciable maravilla de la creación tuvo lugar, simultáneamente, en diversos lugares. La ciencia, actualmente, no resuelve fundadamente el proceso de las grandes migraciones. Estos largos y dramáticos períodos errantes de la humanidad, en que hombres y animales se mezclaron en una trágica huida, se debieron, sobre-

nes del Sena y se enmarcaban en lo que hoy es el corazón de París, era una flora de África Central, con intrusiones asiáticas. Pero en la época plioceno, las nieves, que comenzaban a aparecer en los picos de las altas montañas, señalaban la iniciación de la gran invasión del hielo que, más tarde, en la era cuaternaria, la era glacial, cubrió por igual las montañas altas y medias de Europa con enormes capas de hielo que deslizando hasta cubrir gran parte de las tierras bajas, destruyeron toda posibilidad de vida. Frente al cataclismo se produjo la desbandada. El hombre y los animales, escapando de la fría temperatura, de la total devastación de las tierras fértiles, convertidas en un verdadero desierto polar, buscaron la salvación en las enormes migraciones en masa.

POR SERGIO ARANDA
★
ILUSTRACION DE Premiani

El período glacial tuvo, no obstante, intermitencias; hubo, dentro de él, épocas más benignas, que contribuyeron a facilitar estos desplazamientos colectivos. Cuando el proceso de glaciación cubría una zona determinada, los habitantes y la fauna de esa región huían en masa, buscando un lugar menos afectado por el descenso de la temperatura y la invasión de los hielos. En ciertas regiones de la tierra, estos desplazamientos se produjeron con ritmo alternado, y las huellas dejadas por esta primitiva humanidad, a lo largo de sus penosas rutas, demuestran las andanzas de Norte a Sur, y de Sur a Norte, que el hombre fósil cumplió, hostigado por ese género de catástrofes climáticas. Y esto fué lo que ocurrió en América.

El mundo fósil americano

La unión de América del Norte y América del Sur, solamente se produjo después del período mioceno. Durante muchos millones de años, las dos masas continentales permanecieron separadas por el mar, y en el plioceno acabó de formarse el puente terrestre que había de unir ambas Américas. El istmo de Panamá, educido hoy a una estrecha franja de tierra, era entonces mucho mayor, y las islas antillanas, lo mismo que Cuba, estaban unidas a la tierra firme, formando un solo block, como lo demuestra la presencia en ellas de los grandes desdentados.

Los monstruos venían del Asia.

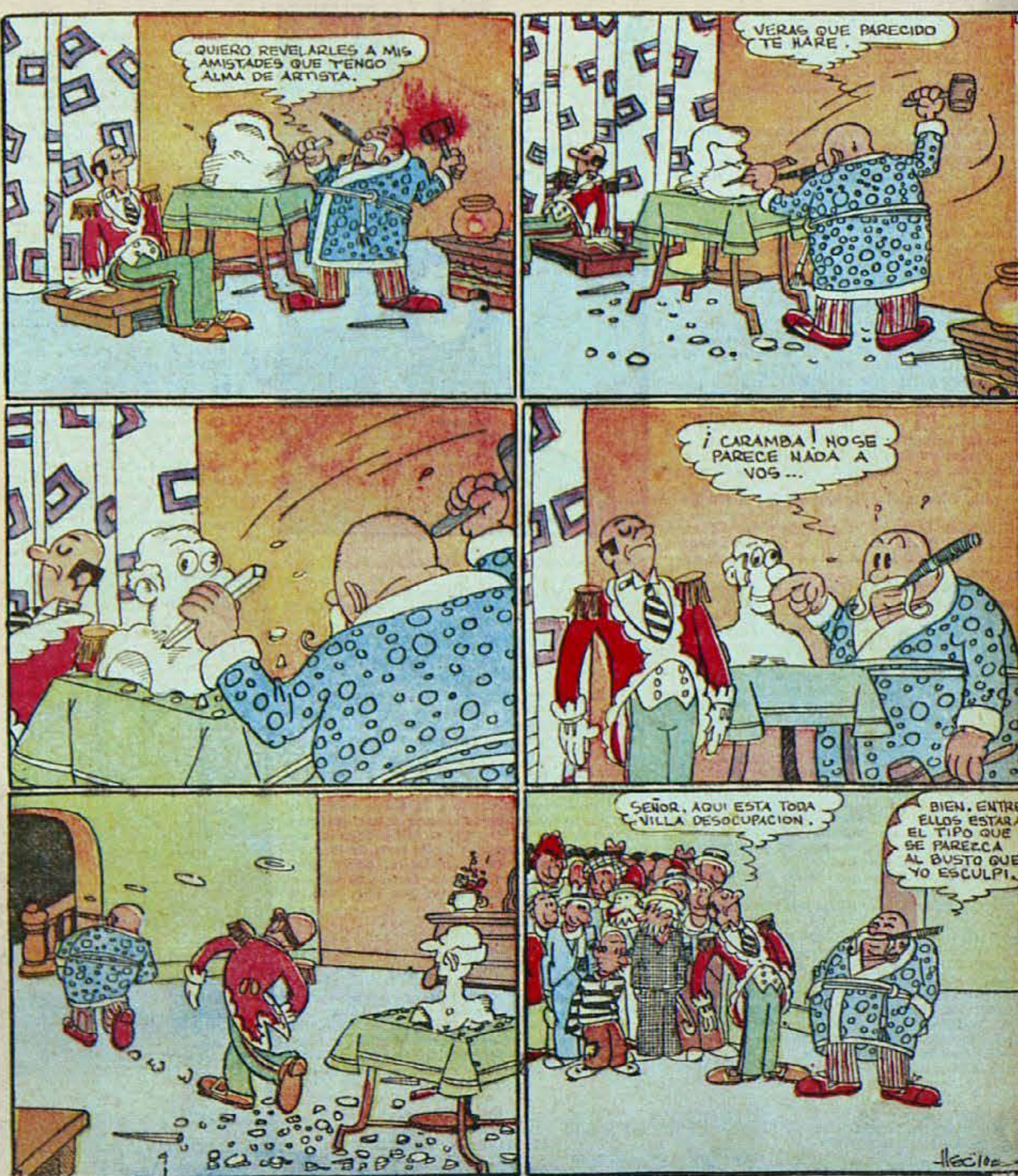
Estas emigraciones, que alternativamente se produjeron entre las dos Américas, guardaron una estrecha relación con la aparición de los grandes hielos. De entre las gigantescas especies locales fué el mamut la más extendida por la América del Norte. Más grande que los mayores elefantes africanos, cubierto de una espesa pelambre cerdoza y provisto de enormes de-

dentados de marfil, el mamut, lo mismo que el ciervo, el reno, el bisonte y varios grandes animales de presa, penetraron en América del Norte desde Asia, a través del paso Bering, que entonces aún no estaba roto. Pero esta emigración no se hizo sin que los invasores del Nuevo Mundo toparan con una rica fauna autóctona, perfectamente diferenciada en cada porción de las que se divide nuestro Continente.

En América del Sur vivieron los grandes desdentados

Si la América del Norte tuvo al mastodonte de Ohio, de mayor tamaño que cualquiera de los elefantes europeos, así en su fauna regional se contaban los caballos salvajes, los tapires, etc., bastante diferenciados de las especies correlativas de Europa; la América del Sur, tuvo, en cambio, el predominio de los gran-

El Nuevo Rico ★ por H. Rodrigue





—¡Cha digo, qué lindo!... Vení, "Germaine".

Y sin saber dar un paso de baile danzaba con ella entre las risotadas de todos, que se divertían con su inconsciencia de borracho.

Después, volvía contento a su mesa o palmoteaba los hombros de los parroquianos con esa paternidad que confiere el sentirse feliz. Si llegaba hasta la mesa desocupada, en la que "Shaybú" grababa sus pensamientos, Fernández se tomaba el vientre con las manos y sufría un ataque de risa.

—¡Pero vean qué imbecilidad!... ¡Pensar esas pavalas en un cafetín que Fernández alegra con su risa!... ¡Y Juan Fernández soy yo!...

Y todos reían a carcajadas.

—¡Ese Fernández es original! Tiene ocurrencias geniales!

A veces, "Nelly", que se había lanzado a la calle un sábado de gloria, lo reprendía, imponiéndole el ejemplo de la sobriedad de "Shaybú".

—¡Qué me importa de "Shaybú"! Yo soy Juan Fernández! ¡A beber! a beber! a beber!...

"Nelly" se iba, vencida.

Alguien, entonces, le decía, sonriendo:

—¡Es un pobre diablo!... Y ella se enojaba.

—¡No, señor! ¡No lo es! ¡Qué sabe usted, verdulero!... Y Juan Fernández era feliz.

Concurrente poco asiduo, aquel hombre, entrado en años, de mirada altiva, gesto soberbio y sobre las vestiduras ajadas un intento fracasado de elegancia, entró al "bar" el último jueves de abril. Daban las 22 horas. Veintidós ojos lo acribillaron. Él, heroico, indiferente.

Tiempo hacía que no le veían por allí. Otras veces había ido con los mismos gestos y la mirada insolente, jurando no volver. Y había vuelto.

Él era el corazón de un anciano con ánimos de juventud no vencida y con ímpetu de huracán. Era resurrección. Era ejemplo. Y los otros, entre tabas e hipos de embriagueces eternas, viéndolo, se sentían gusanos. Y le tenían temor. Un temor de estremecimientos de aínas. Porque cualquiera podía matarlo con un golpe de puño.

Pasó, entre dos filas de mesas, como un militar ciego. Se detuvo en el mostrador sin pedir una copa. Le sobraba una para ser "Shaybú". Le faltaba otra para ser Juan Fernández. Se miró a sí mismo y se tuvo asco. Vela, en su alma, gusanos. ¡Gusanos, gusanos, nada más! En la última copa había gastado el último centavo. Mañana no tendría para comer.

—¡Tres años sin trabajo! Así había tirado las economías de treinta, aquellas con las que había pensado hacer el refugio de su vejez. Le habían dado una vida y un nombre. ¿Qué había hecho de su vida y de su nombre? El tenía orgullo de descender de un padre famoso. ¿Quién iba a vanagloriarse de él? ¿Quién? Y se mordía los labios, llorando. ¡Pero él tenía la culpa? ¡No! ¡El, no! ¡Lo había perdido todo y aun tenía voluntad para intentar la victoria! Y no podía verse así, sin contemplarse con repugnancia. No había resignación para su fracaso.

"Nelly", que merecía su confianza, fue hasta él para darle calma. Pero era tarde. Él quería justificar, ante todos, el fracaso rotundo de sus sueños. No era suficiente que él conociera la causa o las creyera dimandadas de un destino inapelable. Se había impuesto, ante el mundo, el deber de triunfar. No quería que, sobre sus despojos, un día dijeran: "Fue un pobre diablo. Se durmió, resignado, sobre sus propios escombros".

Había pedido, de rodillas, trabajo. ¡Y nada! Era un predestinado. Era la suprema disculpa. Y ahora, ¿qué restaba por hacer? ¡Matarse! Porque él no podía soportar la ignominia de ser un despojo de sí mismo. ¡Matarse!

—¡No; júrame que no lo harás! — le dijo "Nelly".

Había que justificar la decisión última. Justificarla ante sí y ante el mundo.

La mirada insolente, los ojos por encima de todas las testas, salió de aquel cafetín donde "Shaybú" se había resignado a su fracaso y donde Juan Fernández había hecho de él una triste victoria. Conocía a ambos y tuvo asco y vergüenza de ellos.

La calle más céntrica de la ciudad se congestionó de transeúntes, y todos los nectámbulos se dieron cita para ver a aquel raro personaje que se había parado en una esquina, altivo, soberbio, la frente erguida, colgado al cuello un extraño cartel:

—¡Si no me socorréis dignamente, hoy se mata un hombre!.

Y, claro; se mató.

Le sobraba una copa para ser "Shaybú". Le faltaba otra para ser Juan Fernández.

El café, asentado en una joroba de la calle más lúgubre del suburbio, ostentaba la torpeza de un nombre que acentuaba el recuerdo de los famulos y poteros próximos: "El Perfume". A pesar de ello, se llenaba de hombres que iban allí a distraer su orfandad en las caricias maternales de "Nelly", en los lánguidos mimos de "Germaine". Las animadas reuniones de los sábados y domingos nunca dejaron de tener el concurso de Juan Fernández. Su mesa habitual estaba ubicada frente a la que, en los restantes días de la semana, ocupaba "Shaybú". Pero nunca se encontraron. Cuando "Shaybú" iba, Fernández faltaba. Y no se conocieron nunca. Jamás supo uno de la existencia del otro. Ni les interesaba.

El café, asentado en una joroba de la calle más lúgubre del suburbio, ostentaba la torpeza de un nombre que acentuaba el recuerdo de los famulos y poteros próximos: "El Perfume". A pesar de ello, se llenaba de hombres que iban allí a distraer su orfandad en las caricias maternales de "Nelly", en los lánguidos mimos de "Germaine". Las animadas reuniones de los sábados y domingos nunca dejaron de tener el concurso de Juan Fernández. Su mesa habitual estaba ubicada frente a la que, en los restantes días de la semana, ocupaba "Shaybú". Pero nunca se encontraron. Cuando "Shaybú" iba, Fernández faltaba. Y no se conocieron nunca. Jamás supo uno de la existencia del otro. Ni les interesaba.

Juan Fernández, ebrio durante las veinticuatro horas, gastaba hasta la última moneda del bolsillo en bebidas.

—¡Oiga, usted Vargas; tome otra copa, que yo invito! ¡Tome nomás!... ¡Y vos también, "Germaine", tomá, que yo pago!...

Y ella agradecía.

Yo soy Juan Fernández, che "Germaine" —decía hipando—, y aunque te parezca mentira, tuve mujer, autoridad, dinero...

Y tambaleándose entre las mesas, sin ser escuchado por los parroquianos, que se sabían de memoria su cantinela, tenía un asomo de tristeza. Pero tomaba otra copa y volvía a reír.

—¡Shaybú, "La Blanca", aquella bailarina por la que se mató "El Feroz", me gusta. ¿Se puede ser feliz con una mujer que estuvo en contacto con semejantes cosas?

—Ve, "Rubio"; no puedo aconsejarte...

Y, aunque lo respetaban, se iban de su lado.

—¡Es un loco!

Y tenían la osadía de creer que lo estimaban.

—¡Pobre "Shaybú"; no es malo!...

Si alguna mujer del café se le acercaba para hacerle un mimo sin calor, con la generosa intención de ahuyentarle gratuitamente las sombras del semblante, "Shaybú" la rechazaba.

—¡Si yo fuera mujer lo haría mejor!

Y prefería estar solo, con su máscara de amargura, de huérfano resignado, orgulloso de su mirada, casi hostil...

por Luis M. Albamonte

Ilustraciones de Pascual Güida



¡Hum! Ese monstruo con quarrniciones me gusta

No te enojés si te tiro de las orejas. Te aseguro que no soy maestro de escuela

Me has salvado la vida, pero para que eso sea más permanente, me la seguirás salvando sirviéndome de alimento

Me mirás como si estuviera por recitarle algo, o como si te faltara una consonante

Estés estado con ramas y lianas. No servís para hacer mandados. Te voy a convertir en bifés de dinosaurio...

Reza tus últimas oraciones y si dejás familia puedo transmitirte tu última voluntad

Mi hacha con su mango correspondiente, que no es de aquellos que sabemos...

No quisiera dejar de matarlo, pues me parece que se pasa de vivo

Me has desarmado: estas igualito que el retrato de una tía mía que me regalaba panales hace 226 años

No vayas a mover la cabeza ni a pensar en el verso de Manrique: Como se viene la muerte tan callando...

... Porque este es un asunto de mucho ruido

Tenés una desviación óptica: yo creo que tendrías que usar lentes

Y un poco de hígado de bacalao no te vendría mal tampoco

Hay que cuidarse mucho de los catarros y cortarse las amígdalas...

Por qué me pasaste la lengua por la cara? ¿Y si hubieses tenido un principio de sarampión o de coqueluche?

ARRWOW!

¡BOOOOHOOWH!

ARRWOW!